

to debe ser la perfeccion de nuestra alegría, como el recuerdo de una grande dificultad superada aumenta el gozo, que produce un gran logro, y como la memoria de la miseria pasada añade dulzura al placer de la abundancia actual. Los que han pasado por los insensatos tormentos del amor profano, son mas capaces de entender mejor esta verdad.

Ved aquí una idea compendiosa de los principios con que podeis gobernaros con vuestros iguales. Ahora voy á hablaros de vuestros inferiores, y espero que la suprema Sabiduría á quien imploro, no me abandonará. Yo no tengo mas gusto, cuando las ocupaciones diarias de mi estado, me dejan algun tiempo, que emplearle en la edificacion y utilidad de una alma que Dios me ha hecho preciosa, dándola derechos tan santos á todas las solicitudes de mi celo. Empezaré por los criados que tienen con vos relaciones necesarias y domésticas, y despues hablaré de los pobres.

„Si alguno, dice S. Pablo (1), no cuida de los „que le pertenecen, sobre todo si son sus domésticos y habitan en su casa, ya negó la fe en su „corazon, y es peor que el infiel.“ ¡Setencia terrible! pero que no espanta como debia, porque los amos irreligiosos, que renuncian para sí mis-

(1) 1 Ad Timoth. v. 8.

mos las esperanzas de la fe, estan muy léjos de pensar en que tambien les prescribe obligaciones para otros, y que Dios los hace responsables de la condenacion de sus criados. Y el hombre justo, que no necesita mas que de su buen corazon para procurar la salvacion de cuantos le rodean, cumple con todos los preceptos de este artículo, aun ántes de saber que condena con tanto rigor la negligencia.

No es mi designio, ni fuera posible explicar en una carta todo lo que se debe á los criados; pero Dios, que os ha hablado con tanta eficacia y claridad sobre su ley divina, os dará sobre un artículo tan fundamental de las obligaciones evangélicas mas luces, que pudieran daros las lecciones de todos los doctores de la tierra. Desde que os hizo conocer la excelencia y grandeza de vuestra naturaleza, dovésteis conocer el precio y la dignidad de toda criatura, que tiene el mismo origen y el mismo destino que vos. Ya debeis conocer que todas estas distinciones que oponen tanta distancia entre los criados y los amos, son pequeñas, y como la nada á vista del excelso y eterno carácter que Dios ha dado á los unos y á los otros, y que la Religion y la virtud aniquilan todos los intervalos con que los hombres viven separados.

Jesucristo, considerando esta unidad de dichas y bienes inmortales con que debia elevar á los

apóstoles, exclamó con amorosa complacencia (1): ¡Ah! *Ya no os llamaré mis siervos, sino mis amigos.* Este divino Maestro nos dió á entender que solo este nombre correspondia á la grandeza de los que su gracia santifica, y nos manifestó el amor con que mora en cuantos deben vivir y reinar con él en la perpetuidad de su propio esplendor.

La Religion pues, confirma y consagra la fraternidad en que la naturaleza hace nacer á los hombres; pero hay esta diferencia, que aunque la naturaleza nos dice que todos somos hermanos, no consueta á ninguno de la dependencia y miseria, en que la inevitable imperfeccion de las sociedades tiene sujeta á la mas numerosa porcion de los que la componen: la Religion sola nos consueta á todos haciendo imperceptibles estas desproporciones, y absorviéndolas todas en la inmensidad de la gloriosa perspectiva que presenta á los hombres sin distincion.

La naturaleza no sabe confortar al débil, no tiene con que acallar las quejas de los infelices, ni puede moderar el orgullo de los ricos y los grandes, sino diciéndoles á todos: „Un dia vuestros huesos serán confundidos en el mismo polvo;” pero la Religion hace desestimar á los mas desgraciados, á los esclavos mismos que sufren el peso de sus cadenas, toda otra ventaja que la

(1) Joan. xv. 15.

de ser eternos: hace despreciar á los grandes su grandeza misma, y todos los títulos que los pudieran seducir; porque dice á todos: „Los que yacen sepultados y duermen en las entrañas de la tierra, se despertarán; los justos subirán á la gloria de Dios, y los malos serán precipitados á los eternos suplicios.”

Vos, señor, á quien la fe ha dado ya sus ojos, sus sentimientos y su espíritu; vos que ya sabeis, que sola la virtud puede dar al hombre un grado de verdadera superioridad sobre los otros; vos que aprendeis todos los dias en la escuela del Evangelio, que nada de lo que es humano puede ser ménos que vos; que la menor porcion de gracia en el corazon del mas mínimo de vuestros criados le da mas excelencia, que son capaces de dar todos los cetros y coronas; vos digo, ¿cómo pudiérais tener por indignas de vuestro celo y atencion unas criaturas que tienen tanto derecho á la eternidad como vos, y que os igualan en calidad, que únicamente puede hacerlos grande, que es la capacidad de ser santo, y la esperanza de reinar con Jesucristo en su imperio indestructible? ¡O hombres! ricos y pobres, grandes y pequeños, amos y criados: todos podeis ser reyes. ¿No es pues ridículo que os detengais en las pueriles y pasajeras diferencias que os distinguen en el rápido camino que haceis para llegar á vuestro trono?

Con esto solo, señor, ya es inútil articularos lo que debéis hacer. No es por falta de conocimiento, que se descuidan las obligaciones privadas y domésticas; es por falta de Religion, es por defecto de atención á los altos motivos que la fe nos presenta. Y ved aquí el origen de tantas omisiones tan graves y tan culpables: ved aquí lo que nos endurece tanto el corazon, que no sentimos la menor inquietud. Esto es lo que nos hace ver con fria indiferencia, que lo que depende de nosotros se desarregle y corra á su eterna perdición. ¿Cómo un hombre que circunscribe toda su atención á la vida presente, y que no aprecia su propia inmortalidad, se afanará por cuidar de la salvacion de sus criados?

El que es malo para sí, decia el Salvador, ¿para quién puede ser bueno? Por eso cuando se quiere conocer el carácter y los principios de los que ocupan los palacios suntuosos, no es necesario entrar en su interior ni informarse de su conducta; basta ver esos pórticos soberbios en que un pueblo de criados ociosos ostenta todos los dias con estupidez su grosero orgullo; esos zaguanes en que una multitud de domésticos sin ningun principio de moral, y cuya inutilidad sola es un escándalo público, se atreve acaso á insultar á la modestia del artesano y á la miseria del pobre. Este es el rótulo que indica el espíritu y las costumbres de muchos ricos. No es

menester verlos para conocerlos; basta pasar por las puertas de sus casas.

Vos no me habeis explicado vuestras ideas sobre las mudanzas ó reformas que pensais hacer en vuestra casa, pero no importa; porque desde luego imagino los proyectos que puede tener una alma que la gracia dirige. Estoy cierto que vuestro primer pensamiento será alejar de ella á todos los que no consiguiéreis hacer mejores; que volveréis los ojos como un santo rey de Judá, á los fieles de la tierra para incorporarlos en vuestra familia, y que no confiaréis el servicio de vuestra casa sino á personas de corazon recto y que marchen en el camino de la inocencia.

Tambien estoy persuadido de que no permitiréis que se vuelvan á oír al rededor de vuestra habitacion esos discursos libres, esos clamores indecentes de criados perezosos, que fiados en la indiferencia del amo para el bien, y revestidos de la librea de su grandeza, pierden el hábito del trabajo, de la modestia y de la sobriedad; preparándose dias infelices y una vejez llena de oprobio y de miseria. Sin duda que escogeréis para criados hombres que debais estimar, que podais amar como honrados, y tal vez respetar como justos.

Estoy seguro de que vuestra casa, ántes teatro de una licencia sin freno y de una disipacion sin medida, se transformará por vuestro celo en una

region de paz, de armonía, de tranquilidad, de buen orden y de caridad arreglada; que no se verán en ella hombres inútiles; que desaparecerán las superfluidades del fausto, y los excesos de la vanidad; en fin, que no volveréis á caer en la culpa imperdonable de los ricos del siglo, que para sostener el miserable cortejo de su orgullo quitan los labradores á los campos, los soldados á la patria, los artesanes á la sociedad, y contribuyen á los estragos del lujo y de la opulencia. Espero que la reglaréis de modo que cada criado tenga su empleo, y cada hora su ocupacion; que velaréis para que todo se administre con orden y economía; que no desdeñaréis la primera y mas esencial de las obligaciones, la que es mas digna de un padre de familia, que es ponerse á la frente de su régimen doméstico, presidir á la conducta de todos sus negocios, verlo todo, y verificarlo con sus propios ojos. Esto es lo que el Espíritu Divino llama saber gobernar su casa. El amor del orden y la justicia deben dirigir estos afanes, y aquel que los descuida y se descarga sobre otros de cuidados que tanto le interesan, no conoce la sabiduría del Evangelio. Merece lo que sucede de ordinario á los que por pereza ó por orgullo abandonan esta vigilancia, que es ver presto su ruina, perder los medios de conservar su estado, la tranquilidad de su vida, y la fortuna de sus hijos.

En fin, señor, yo me represento vuestra casa como los apóstoles nos pintan las santas familias de los cristianos primitivos. Entónces se llamaban iglesias ó congregaciones de escogidos. Los amos eran buenos, dulces, indulgentes y moderados; porque no consideraban á los que les estaban sometidos, sino como hermanos y compañeros de la vocacion celeste. Los criados eran dóciles, humildes, laboriosos y fieles; porque temían ménos la cólera y el desagrado de sus amos, que los remordimientos de su propia conciencia. En las horas consagradas á los ejercicios diarios de la Religion desaparecian todas las diferencias de fortuna, de estado y edad. Padres, hijos y criados se juntaban en el mismo lugar dedicado al culto doméstico, y los criados eran siempre advertidos para que concurriesen así á las lecturas devotas como á las santas instrucciones que los padres de familia daban en tiempos arreglados á sus tiernos hijos. Ah, señor, solo un buen corazon es capaz de apreciar y sentir cuánta gloria se encierra en la sublime práctica de una conducta arreglada! Qué feliz es el hombre que sabe ser tan útil á los que Dios ha confiado á su cuidado y celo! Considerad cuán hermoso es y cuán admirable ver cómo la Religion aniquila los errores de las pasiones, y cómo inspira á muchos grandes de la tierra procederes tan contrarios á los del mun-

do. Ella les hace respetar, como dotados de un espíritu inmortal y eterno, á los mismos miserables que el infortunio y la pobreza reducen á la servidumbre, á los mismos que parecen ménos que hombres á aquellos amos orgullosos que parecen tan sordos á la voz de la naturaleza como á la del Evangelio.

Yo he visto algunas veces con sumo gozo costumbres patriarcales y antiguas en medio de las ciudades populosas, entre familias recogidas. Tambien las he encontrado en las habitaciones solitarias de personas desengañadas que se han retirado al sosiego tranquilo de los campos, y os aseguro que nunca se han reposado mis ojos sobre esta imagen apacible, sin derramar con abundancia lágrimas deliciosas. Jamás he pasado algunos dias en medio de costumbres tan cristianas y amables, sin afligirme de que mi vida no pueda ser una eslabonada cadena de momentos tan dulces; jamás he cesado de admirar estos asilos de paz en que Dios es tan grande y los hombres tan buenos y felices.

Penetraos, pues, del espíritu de los tiempos apostólicos, y nunca os olvidéis de que los que os sirven son hombres. Tened presente que si ellos sirven al Señor han de ser reyes, y que un dia juzgarán con Jesucristo á los jueces de la tierra y á los amos del mundo; que el primero y el mayor de los soberanos del universo, si no es

ligioso y justo, será infinitamente inferior al mas obscuro de los siervos de Dios; que quando sea santo, tampoco será mas que su hermano, y que ninguna criatura puede tener otra excelencia ni otro precio que aquel que recibe de sus relaciones con el Hombre Dios por el valor que le comunica su soberana santidad.

Esta verdad es muy gloriosa á Dios, y debe consolar mucho á los pequeños y los pobres. S. Pablo estaba tan persuadido de ella, que se le vió hablar y ocuparse en la suerte de un pobre esclavo, con un celo tan vivo y tan ardiente, como hubiera podido hacer por el destino de los Césares ó por el interes de todas las naciones. El hecho que me da motivo á este discurso, merece que os lo refiera.

Onésimo era esclavo de un cristiano; Onésimo no confesaba á Jesucristo ni conocia su doctrina y promesas: así no es mucho que fuera un servidor infiel; en efecto engañó á su amo. Convencido de infidelidad huye, y por su dicha cae entre las manos de S. Pablo, por entónces cargado de cadenas en las prisiones de Roma. Este grande Apóstol se aplica á enseñarle la fe de Jesucristo, y hace un santo de un infeliz que estaba cerca de alistarse entre los salteadores; pero admirad con qué fuerza y ternura le recomienda á su amo, y con qué términos solicita el perdón de un esclavo que ya llora á los piés

de Jesucristo su infidelidad y su desercion. Yo imploro, le escribe, vuestra bondad por mi querido hijo Onésimo, por este hijo que he engendrado en el Señor, hallándome en esta prision. Os le restituyo como un bien que os pertenece; pero ya apto para servirlos con utilidad: recibidlo como mi sangre y como un objeto muy precioso á mi corazon. Quizá Dios ha permitido que se alejase de vos algun tiempo para que vuelva mas digno de vos, y que os quede unido eternamente. El me ha servido con tierna aficion en la cautividad que sufro por el Evangelio, y le miraba ménos como siervo que como hermano querido y respetable. Si me amais, recibidle como á mí mismo, y cargadme de todas sus faltas. Este es el consuelo mas dulce que me podeis dar en las penas que sufro, y haréis respirar mi corazon, que está oprimido de angustias y de aflicciones.

¿Y quién escribe esto? S. Pablo, un hombre divino, el terror de los mugistrados romanos, el destructor de la idolatría, el reformador del culto y de las costumbres del mundo entero, la antorcha mas brillante que ha mostrado la verdad al universo, la admiracion de Aténas, el oráculo de los Césares, y el mas venerable de los doctores y bienhechores de la tierra. Este hombre, uno de los mayores de los hombres, y del mas alto y elevado carácter, se interesa con tanto ar-

dor y ruega con estilo tan expresivo por un pobre esclavo que se ha huido de la casa de su amo. ¡Ay señor! es muy dulce repetirlo: la Religion cristiana es la única filosofia que sabe reparar las desigualdades que las instituciones sociales hacen inevitables; y por eso la porcion mas desgraciada y débil de la humanidad tiene muchos motivos para amarla, muchas razones para ser religiosa y adorar un Evangelio que la restablece con tanta gloria en su dignidad de hombres, y en su igualdad original con todo lo que el mundo llama grandeza y poder.

Cuando la Religion no hiciera otro bien á los hombres; cuando no tuviera otro influjo que el de enseñarnos la bondad, dulzura, estimacion y amor que debemos á todo lo que es de nuestra naturaleza y nuestra sangre, esto bastara para confesar que Jesucristo y sus apóstoles, á quienes debemos estos documentos, han sido verdaderos amigos de los infelices, y que tambien lo son de los poderosos, pues los hacen benéficos y humanos. Los sofistas de nuestro siglo, que sin cesar se quejan del orgullo y de la dureza de los ricos, debian poner todo su estudio en hacer que reciban y adoren la doctrina del Evangelio.

Aquí era el lugar de hablaros de los pobres; pero esta carta es ya demasiado larga, y temo importunar vuestra atencion, tanto mas, cuanto

es difícil hablar poco de los pobres, porque la materia es rica. Me parece mejor reservarlo para la primera que os escriba. Pedid á Dios que me dirija, como yo le pido que os guarde muchos años.

Teodoro, ¿no admiras la fecundidad y el infatigable celo de este varon incomparable? No me canso de dar gracias al cielo de haberme depurado un director que cada dia me hace descubrir nuevas hermosuras y grandezas en el carácter de la Religion. ¿Qué léjos estaba yo de conocerlas! ¿Cuánta razón tiene él, me digo yo cada instante, para asombrarse de que pueda haber incrédulos ó malos sobre la tierra, despues que el Evangelio ha brillado á la vista de los hombres! Al que llega á ver la Religion con ojos como los suyos, debe parecer imposible la demencia feróz de desconocerla ó profanarla. Yo te remitiré copia de la nueva carta que me promete; porque copiándolas las leo mejor y las estudio mas. Puedan ellas serte tan útiles como á mí. A Dios, Teodoro querido.

INDICE ALFABETICO
DEL TOMO TERCERO.

A

- Absolucion.** Con la absolucion de los peccados recibimos el Espíritu de Dios, *pág.* 70 y sig.
- Afectos** con que nos debemos llegar á los piés del confesor, imitando al hijo pródigo, 126 y sig.
- Con que nos debemos llegar á la sagrada comunión, 251, 280 y sig.
- Para ántes de comulgar, excitados de los que debió tener María Santísima comulgando, 275 y sig.
- Ambicion.** Cuán pocos la tienen por culpable en el mundo, 13 y sig.
- Amor grande** que manifestó Jesucristo á sus discípulos, 156 y sig.
- Amor.** Sin amor de Dios no hay justicia ni santidad, 24.